

NEW LEFT REVIEW 112

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE - OCTUBRE 2018

ARTÍCULOS

ROBERT POLLIN	Por un nuevo <i>New Deal</i> verde	7
ACHIN VANAİK	Las dos hegemonías de la India	32
JOHN WILLETT	Arte y revolución	67
CATHERINE BERTHO LAVENIR	Construir fronteras	97

ENTREVISTA

PETER DEWS	La idea de esperanza	107
------------	----------------------	-----

ARTÍCULOS

CAL WINSLOW	¿Ciudad corporativa?	141
EVA DÍAZ	El arte y la nueva era espacial	157

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

SUSCRÍBETE

CAL WINSLOW

¿CIUDAD CORPORATIVA?

Espectros del pasado insurgente de Seattle

SEATTLE RELUCE BAJO los cielos grises que caracterizan su clima. En Elliot Bay aguardan para descargar los portacontenedores procedentes de China, mientras las embarcaciones turísticas parten hacia los glaciares menguantes de Alaska. Una concurrida atracción, la noria conocida como la Great Wheel, se alza sobre el muelle 57 y los turistas pululan por todas partes. Dos gigantescos estadios deportivos dominan el extremo sur del paseo marítimo, donde en épocas pasadas los marineros solían resolver sus trifulcas y los estibadores en lucha inmovilizaban los grandes buques, siendo derrotados en 1916 y alzándose victoriosos por fin en 1934. El estadio de fútbol americano es el trofeo del cofundador de Microsoft Paul Allen, que obtuvo los correspondientes fondos públicos para su construcción. Las mejores localidades del estadio cuestan más de mil dólares y a lo largo de las calles aledañas se apelotonan bistrós y bares de lujo. En el distrito de South Lake Union, la inmobiliaria Vulcan, propiedad de Allen, está construyendo un complejo de oficinas de alta gama para otra firma tecnológica, Amazon, que incluye una selva tropical en miniatura, dentro de unos invernaderos esféricos interconectados. Facebook y Google también se van a mudar allí. Impulsada por estos nuevos proyectos, la población de la Ciudad Esmeralda, como se conoce a Seattle, crece más rápidamente que en cualquier otra gran área urbana de Estados Unidos. Los dos hombres más ricos del mundo, Jeff Bezos y Bill Gates, residen en Seattle.

Seattle crece de modo exuberante: es un lugar importante. Cabe, sin embargo, preguntarse: ¿qué clase de lugar? Un escenario, tal vez, para la nueva *Gilded Age*, donde la riqueza corporativa y una vida callejera «vibrante» pueden distraer la mirada de todo tipo de contradicciones

sociales. A los habitantes de Seattle no les importa que llueva; de hecho, les encanta el aire libre. Sin embargo, los espacios públicos escasean y el acceso al mar está severamente restringido. Los empleados de las empresas tecnológicas llevan muy a gala los altos índices de «calidad de vida» que distinguen a Seattle, pero los precios de la vivienda se disparan incluso a un mayor ritmo que en el Área de la Bahía de San Francisco y el tráfico es con frecuencia insoportable. En Pioneer Square, cientos de desempleados duermen regularmente en la calle cada noche. Surgen poblados de tiendas de campaña que recuerdan a «Hooverville», el complejo de chabolas erigido en la década de 1930 (entonces como ahora, a pesar de las autoridades) en las marismas que había al sur del distrito de negocios. Entretanto, en otras áreas de la ciudad abundan las segundas viviendas.

Son muchos los fantasmas que habitan estas calles: viejos recuerdos que sin duda se desvanecen en el tiempo. Aquí está Yesleyr Way, antaño más conocida como Skid Road, así llamada por los troncos que rodaban colina abajo a lo largo de su trayecto hasta el aserradero de Henry Yesler, situado en los muelles. Si hoy en día es una calle insulsa salpicada de cafés —entre otros un establecimiento de la cadena Starbucks ubicada en la ciudad— frecuentados por turistas, antaño palpitaba con *saloons* de dudosa reputación, burdeles y hoteles de mala muerte, que hacían de Skid Road el típico barrio en el que se reúnen los marginados: lugares que son duros y, a veces, radicales. La Industrial Workers of the World [IWW] hunde sus raíces en este barrio, poblado por leñadores, jornaleros itinerantes y mineros camino del Yukón, así como por trabajadores de los astilleros. Estos últimos lideraron, entre el 6 y el 10 de febrero de 1919, la huelga general de Seattle, la única verdadera huelga general de la historia de Estados Unidos y la única ocasión en que los obreros estadounidenses llegaron a hacerse cargo de una ciudad: el tipo de cosas que hicieron que este estado, ahora entregado a los multimillonarios de la nueva economía, fuera conocido como el «soviet de Washington».

El eje del Pacífico

Seattle se sitúa sobre una franja de tierra vertical entre el estrecho de Puget (un entrante del pacífico Norte) y el agua dulce del lago Washington. Los asentamientos no indígenas comenzaron con la llegada de unas cuantas docenas de migrantes provenientes de Illinois en 1851, pocos años después de que el Tratado de Oregón estableciese la frontera entre Estados Unidos y la América británica en el paralelo 49. Los recién llegados bautizaron

el municipio en homenaje al jefe Sealth de las tribus locales *duwamish* y *suquamish*, que renunciaron a unirse a la resistencia nativoamericana al Tratado de Port Elliot de 1855, cediendo Seattle a los colonizadores. En el momento de su incorporación por parte de la asamblea territorial de Washington en 1869, la ciudad contaba solo con dos mil habitantes, una cifra que se elevaría hasta llegar a los ochenta mil con el cambio de siglo. Como lugares destacados, Seattle y Tacoma, situada cuarenta y ocho kilómetros más al sur, fueron producto de la guerra entre las compañías ferroviarias rivales del norte, que vinculaban sus economías a Mineápolis y Chicago. Al estar dos días más cerca de Vladivostok y de los mercados asiáticos que California, Seattle se convirtió en el principal centro de distribución para la cuenca septentrional del Pacífico, usurpando a San Francisco la hegemonía sobre toda la cornisa del Pacífico. Además de su dominio sobre los bosques del estado de Washington y sobre el gran cinturón de trigo de la estepa de Palouse, Seattle también dominaba el comercio y la industria pesquera de Alaska, cuya economía se vio impulsada por la afluencia de mineros durante la fiebre del oro en la región del Klondike. La proliferación de empleos en el comercio de distribución y al por mayor, así como en los astilleros, atrajo a los migrantes que escapaban de las áreas urbanas degradadas, del paro y de la miseria de la Costa Este: empleados del ferrocarril en la lista negra, mineros despedidos o cultivadores de trigo hambrientos. Cuando el alcalde de Butte, la población minera de Montana asolada por los conflictos de clase, visitó Seattle en 1919, reconoció a muchos mineros que ahora trabajaban en sus astilleros. Si Minnesota y los estados agrícolas de los alrededores atraían a los inmigrantes escandinavos más prósperos, sobre todo a los suecos, Washington occidental, con sus industrias extractivas, era un imán para los finlandeses y los noruegos, mucho más pobres, si bien los activistas principales durante la huelga general procedían de las islas británicas.

La industria maderera de Washington occidental estaba dominada por la Weyerhaeuser Lumber Trust, que emprendió una tala a gran escala de sus vastas arboledas de cedro antiguo, *tsuga* del Pacífico y abeto de Douglas. La madera del estado Washington se empleó para reforzar las minas de cobre del Oeste, fijar las vías del tren y construir sus ciudades en rápida expansión, sobre todo en California. Los leñadores trabajaban a destajo, en jornadas de doce horas los siete días de la semana, y dormían en barracones de la empresa. Las condiciones de trabajo en los aserraderos, con sus enormes sierras, sus cintas mortales, un ruido espantoso, polvo, humo y fuego, no eran tampoco más seguras o cómodas. Con la llegada de las fuertes

lluvias invernales, los leñadores hacían el hatillo y se iban a Skid Road. Allí permanecerían, a menudo endeudados, hasta que los madereros y los intermediarios les condujeran de vuelta al bosque. La burguesía de Seattle los despreciaba y se refería a ellos como «las bestias de la madera».

Los más pudientes vivían muy alejados de Skid Road, en los frondosos bulevares de First Hill y Capitol Hill, a lo largo de Magnolia Bluff y frente al lago en los distritos de Madrona y en Washington Park. Alardeaban de una vida cultural floreciente, que incluía una excelente universidad en Union Bay, construida en estilo renacentista francés. Los políticos y sus periódicos podían mostrarse combativos en algunas cuestiones —en torno a qué hacer con la mal afamada Skid Road, por ejemplo, pero lo cierto es que Seattle era incondicionalmente progresista: sufragio femenino, cooperativas, propiedad municipal, crecimiento. A medida que la ciudad se expandía, a partir de una base inicial de baja altura en torno a Pioneer Square, las cimas de las colinas fueron peladas de árboles —«recalificadas»— con el consiguiente beneficio de los promotores urbanísticos. La vecina localidad de Ballard fue anexionada en 1907. Cuatro años después el puerto fue municipalizado, lo cual propinó un duro golpe a los grandes intereses de las compañías navieras y ferroviarias, favoreciendo a las pequeñas empresas manufactureras, a las navieras de menor tamaño y a los granjeros, que ansiaban unos costes menores¹. El nuevo puerto de Seattle desarrolló algunas de las mejores infraestructuras costeras del país, incluyendo el tipo de grúa pórtico que se sigue utilizando a día de hoy en las terminales de contenedores. También por aquel entonces se comenzó la construcción de un canal para barcos que conectaba el estrecho de Puget con el lago de Washington.

Las comunidades de clase trabajadora, tales como las de Ballard y Rainier Valley, más al sur, vivían una situación muy penosa en términos de vivienda, servicios en mal estado y falta de acceso al estrecho, a los bosques o a los grandes macizos montañosos de los alrededores, es decir, a todo aquello que la ciudad apreciaba y aún aprecia a día de hoy. Los reformadores municipales, sin embargo, rara vez consideraron esto un problema. El trabajo manual, además de mal remunerado, era peligroso: «Casi todos los días algún desafortunado trabajador de los astilleros salía en un coche fúnebre»². Cuando la US Commission on

¹ Padraic Burke, «Struggle for Public Ownership: The Early History of the Port of Seattle», *Pacific Northwest Quarterly*, vol. 68, abril de 1977, pp. 60-71.

² Hulet Wells, «I Wanted to Work», MS. University of Washington Special Collections, Wells Papers, 182.

Industrial Relations celebró sesiones en la ciudad en 1914, el gran especialista en derecho del trabajo de Wisconsin, John Commons, observó «un sentimiento más amargo entre empleadores y empleados que en cualquier otra ciudad de Estados Unidos»³. Los trabajadores de Seattle respondieron a sus opresores luchando como clase y como clase crearon una cultura propia, que contaba con sindicatos «limpios» y no dirigidos por *gangsters*; con un periódico de circulación masiva propiedad de los trabajadores, el *Seattle Union Record*, que terminó convirtiéndose, único en su género, en diario en 1918; con escuelas socialistas donde se impartían clases tanto en sus aulas como al aire libre; con coros de la *IWW*; y con bailes comunitarios y picnics. Diversos programas utópicos de reorganización de la tierra en los alrededores de Seattle atrajeron a librepensadores e idealistas. Harry Ault, director del *Seattle Union Record*, pasó sus años de adolescencia en Equity Colony, en el condado de Skagit, en el seno de una familia de seguidores desencantados del People's Party. Recordaba a su madre haciendo la comida para los obreros del Ejército de Jacob Coxey, la gran marcha de trabajadores desempleados, cuando pasó por Cincinnati en 1894.

Milwaukee puede haber tenido su propio congresista socialista, Victor Berger, y en una ocasión Los Ángeles estuvo a punto de tener un alcalde socialista, Job Harriman; pero los socialistas de Seattle pertenecían a la clase obrera y eran «rojos». En opinión del líder del Socialist Party of America, Eugene Debs, el estado de Washington era el «más avanzado» y durante mucho tiempo creyó que sería el primero en conquistar el socialismo. Si bien es cierto que el éxito electoral resultó ser escurridizo, Washington contaba con varios miles de militantes que pagaban sus cuotas, y solo Oklahoma tenía una proporción mayor de miembros del partido en relación con su población. La izquierda se hizo con el control del Partido en Seattle en 1912, tras una prolongada pugna entre facciones. En tanto que defensores del sindicalismo industrial, eran una piedra en el zapato de los funcionarios nacionales del Partido, que apoyaban a Samuel Gompers, presidente conservador de la American Federation of Labor (AFL), la federación gremialista de sindicatos. La inmensa mayoría de los trabajadores de Seattle apoyaban el principio de los sindicatos industriales y, por ende, la toma de control por parte de los obreros. «Creo que el 95 por 100 de nosotros ve con buenos ojos la idea de que los trabajadores controlen la industria», escribió Ault⁴. Con todo, la mayor parte de los sin-

³ John Putman, *Class and Gender Politics in Progressive Era Seattle*, Reno (NV), 2008, p. 259.

⁴ Robert Friedheim, *The Seattle General Strike*, Seattle (WA), 1964, p. 29.

dicatos mantuvieron su afiliación a la AFL. Los progresistas, aunque eran críticos con la división por gremios, consideraban que la IWW era poco pragmática y querían seguir en la «corriente principal». Eligieron como líder a James Duncan, presidente del Seattle Central Labor Council (SCLC). Obrero metalúrgico nacido en Fife, Escocia, y claramente influido por el sindicalismo, su fórmula de compromiso terminó siendo conocida como «duncanismo». El movimiento obrero de la ciudad estaba centralizado en torno al SCLC, que, más que suplantar, coordinaba a los sindicatos de cada gremio a fin de asegurar que todos los convenios sectoriales dentro de una determinada industria corrieran de forma simultánea para que en la negociación colectiva se comportaran como una unidad. A pesar de ser un crítico coherente de la IWW que desafiaba a la AFL desde la izquierda, Duncan no dejaba de considerarla como un «referente». En este contexto, la socialdemocracia y el sindicalismo revolucionario podían interactuar. Seattle era un baluarte tanto de la IWW como del Socialist Party of America, sede de su periódico nacional, el *Industrial Worker*, y escenario de combates en torno a la libertad de expresión que terminaban en arrestos masivos, palizas y victorias. Típicos eran los obreros con «dos carnets»: uno de la AFL por el trabajo, otro de la IWW por cuestión de principios.

Aun así, la solidaridad de clase no estaba tan extendida como para abrazar a las minorías de Seattle. En una fecha tan tardía como septiembre de 1917, el *Seattle Daily Call* informaba de que uno de los asuntos en liza en la huelga de envasadores de carne era la exigencia por parte de los trabajadores de un cocinero blanco. Alice Lord, una talentosa organizadora de las trabajadoras de la ciudad, sobre todo de las camareras, estaba comprometida con la exclusión. Los trabajadores negros de Seattle, relativamente escasos en aquel entonces –un mero 1 por 100 de la población–, tenían que aceptar cualquier trabajo, incluyendo el de rompedor en la huelga de estibadores de 1916. Había, sin embargo, señales de un cambio de actitud entre la mayoría blanca. El orador más popular de Seattle, Kate Sadler, hablaba en iglesias negras y era crítico con la exclusión y la segregación en los lugares de trabajo. El *Seattle Union Record* insistía asimismo en la necesidad de «romper las barreras raciales en el oeste». Ault manifestó en una audiencia del Congreso sobre la inmigración japonesa que tenía «poca paciencia con el prejuicio racial», al tiempo que recordaba su niñez más temprana en un Kentucky segregacionista⁵.

⁵ Katsutoshi Kurokawa, *The Labor Movement and Japanese Immigrants in Seattle*, Singapur, 2006, p. 39.

El viaje del Verona

La apertura del canal de Panamá en agosto de 1914 animó el comercio de la costa occidental, contrarrestando la recesión que venía acechando a Estados Unidos desde el año anterior. Para reclamar una parte de los beneficios de las compañías navieras, los estibadores fueron a la huelga el 1 de junio de 1916 por la contratación exclusiva de afiliados al sindicato [*closed shop*], aumentos salariales y una jornada de nueve horas. Los trabajadores de San Francisco pronto llegaron a un acuerdo, pero los de Seattle y Tacoma prosiguieron la huelga. Cuando Andrew Furuseth, presidente del Sailors' Union of the Pacific, defendió a los dirigentes de San Francisco en un mitin del SCLC en septiembre, fue expulsado de la sala con gritos de «cobarde» y «desertor». La huelga hizo temblar la ciudad de Seattle. La Guardia Nacional de Washington se desplegó a lo largo del puerto, que «parecía un campo de batalla. Hombres no sindicados acudieron a la parte alta de la ciudad en busca de pelea. Los estibadores del sindicato golpearon a los esquirols en muelles y barcos. Hubo peleas a puñetazos, heridas de cuchillo, bombas en los embarcaderos, fuegos en los muelles, disparos y asesinatos»⁶. Al terminar la huelga, el 4 de octubre (si bien Tacoma y una serie de pequeños enclaves aguantaron más), había ochocientos cincuenta esquirols trabajando en los muelles y los estibadores habían perdido el control de la línea de costa. Volvieron al trabajo sin lograr la contratación exclusiva de afiliados al sindicato y teniendo que pasar además por el «corredor de los soplon», que identificaba y descartaba a los miembros de la International Longshoremen's Association y de la IWW.

Los trabajadores de las fábricas madereras de Everett, la «ciudad de las chimeneas» cuarenta y ocho kilómetros al norte de Seattle, estaban inmersos en su propia huelga desesperada, víctimas de lo que no era sino un reino del terror. «En cada etapa del recorrido la policía de Everett y los guardias privados del aserradero tomaban la iniciativa a la hora de apalear y disparar a los trabajadores por el mero hecho de hablar en sus calles», rememoraba Anna Louise Strong, que cubrió los disturbios para el rotativo de Nueva York *The Evening Post*⁷. El 5 de noviembre de 1916, trescientos *wobblies* [miembros de la IWW] embarcaron en los buques de vapor *Verona* y *Calista* hacia la ciudad maderera. Nadie a bordo esperaba una bienvenida cálida

⁶ Ronald Magden, *A History of Seattle Waterfront Workers*, Seattle (WA), 1991, pp. 91-95.

⁷ Anna Louise Strong, *I Change Worlds*, Nueva York, 1935, p. 54.

por parte de las autoridades, pero el asesinato no lo habían previsto. A su llegada, el *Verona* fue recibido con disparos por parte de agentes del orden y voluntarios. Murieron al menos cinco trabajadores, todos ellos desarmados, y los heridos se contaron por docenas. Dos «representantes ciudadanos» fueron también asesinados, y aunque los disparos fatales provinieron de la orilla, setenta y cuatro personas a bordo del *Verona* fueron acusadas de asesinato. La masacre de Everett fue, en cierto sentido, como el Peterloo del Pacífico noroccidental: un ataque a la libertad de expresión, al juego limpio y a la noción misma de «derechos». La incredulidad, y después la rabia, cundieron en los distritos obreros de Seattle. La IWW convirtió Everett en una *cause célèbre*, con la que hizo campaña por todo el Oeste en nombre de los acusados. «Estos setenta y cuatro hombres representan al trabajador migrante, el elemento que, si bien es necesario, es ferozmente explotado en este país occidental», declaraba la organizadora de la IWW Elizabeth Gurley Flynn en una docena de concentraciones. «Quieren las cosas buenas de la vida tanto como cualquier otro miembro de la raza humana, y se están organizando en la IWW para conquistarlas»⁸. Un cambio profundo se produjo en la opinión pública, que se tradujo en un giro masivo a la izquierda. El SCLC persuadió al abogado de Seattle George Vanderveer, el «letrado de los malditos», para que defendiera a los acusados del *Verona*. En la primavera siguiente logró su absolución. El *Seattle Daily Call* informó que los miembros de la IWW habían aumentado hasta los veinte mil, y que los *wobblies* habían contratado a una docena de organizadores a sueldo, cifras que quizá fueran exageradas. Lo que sí es innegable, sin embargo, es que después del serio revés sufrido en los muelles la IWW había ganado un nuevo ímpetu.

Los *wobblies* llevaron esta coyuntura favorable a los bosques convocando una huelga general que sumó a unos cincuenta mil leñadores y trabajadores de los aserraderos. «Respiran en los campamentos un aire maligno. Eso les destruye los pulmones. Comen mala comida, que les daña el estómago. Las pestilentes condiciones de trabajo acortan sus vidas y las vuelven, además de breves, miserables», según relataba el organizador de los madereros James Thomson a la US Industrial Commission durante sus sesiones celebradas en Seattle⁹. La IWW siempre había apreciado a los trabajadores itinerantes del Oeste. Empezaron a organizarlos desde Seattle, y lo lograron. Sus reivindicaciones eran por lo general claras y directas: jornada de ocho horas, descanso los domingos y festivos oficiales, cocinas

⁸ *Industrial Worker*, 3 de marzo de 1917.

⁹ *Final Report and Testimony of the US Commission on Industrial Relations* 1914, p. 4236.

salubres y comida satisfactoria, camas de muelles individuales con sábanas limpias, abolición del trabajo en los aserraderos para los menores de 16 años y ausencia de discriminación respecto a los miembros de la IWW. En julio de 1917, el sindicato organizó una concentración multitudinaria de tres mil quinientos trabajadores en la pista de hielo de Dreamland Rink de Seattle. La reunión comenzó con la entonación de «Solidarity Forever». Kate Sadler y el organizador de la IWW J. T. «Red» Doran fueron los principales oradores. La policía, los *sheriffs*, la Guardia Nacional y el ejército respondieron a la huelga con una represión salvaje. Las cárceles rebosaban; los prisioneros eran apaleados. El líder de la huelga, James Rowan, y veinte miembros más de la IWW fueron arrestados en una sola redada en la ciudad de Spokane. El gobierno federal montó una organización rival, la Loyal Legion of Loggers and Lumbermen. Mientras la huelga echaba chispas, los *wobblies* ajustaron su táctica: una «huelga de celo» por la jornada de ocho horas para los leñadores. El desenlace final, en marzo de 1918, causó sensación: se ganó la jornada de ocho horas, así como una larga lista de mejoras en los campamentos. Fue una de las mayores conquistas de la IWW y, en términos generales, una fuente de orgullo de clase. Duncan extrajo la obvia moraleja: «Esa fuerza tan tremendamente efectiva que toma el nombre de la IWW [...] está compuesta en gran medida por hombres que consideran que el sindicalismo habitual es “demasiado lento”». Era, reconocía, una «amenaza al prestigio del sindicalismo de la costa noroeste»¹⁰.

Sin embargo, el sindicalismo tradicional también floreció, gracias al crecimiento industrial alimentado por las contrataciones militares federales tras la entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial de la mano de Woodrow Wilson. «Un año de fiesta en la historia del movimiento obrero organizado», según celebraba Duncan en julio de 1917. «Se haN creado una docena de nuevos sindicatos y todos los sindicatos de Seattle están en su apogeo». Se refería, en particular, a los trabajadores del tranvía, cuya afiliación había aumentado hasta alcanzar los mil seiscientos miembros; a los operadores telefónicos, que contaban con cerca de mil cien afiliados¹¹. Muy en especial, el activismo de las lavanderas había instalado el miedo entre las clases respetables de Seattle. En el lapso de una semana, prácticamente todas las grandes lavanderías de la ciudad habían más o menos cerrado. Hoteles y clubs empezaron a quedarse sin ropa de cama limpia. El diario burgués *The Seattle Times*

¹⁰ Harvey O'Connor, *Revolution in Seattle*, Nueva York, 1964, p. 78.

¹¹ *Seattle Daily Call*, 3 de septiembre de 1917.

se inquietaba ante la perspectiva de que «en miles de hogares de Seattle habrá que rescatar del olvido el viejo lavadero». Las trabajadoras de las lavanderías llevaron su protesta a los vecindarios: una feria en Fremont, un desfile en Rainier Valley. Hostigadas por una opinión pública hostil, las empleadas terminaron por capitular.

Pero si aquellos triunfos ahondaron la conciencia de la clase trabajadora, al mismo tiempo propiciaron una represión fiera, que anunciaba otra aún peor. William Peterson Jr. escribe que «los operadores de la madera del noroeste proporcionaron el impulso inicial a la evolución de la política federal», es decir, el «Amenaza roja» [*Red Scare*] y las redadas de Palmer [*Palmer Raids*]. El movimiento de los obreros de Seattle era ciertamente fuerte, pero no en el sentido hegemónico de Gramsci. La entrada de Estados Unidos en el baño de sangre europeo en abril de 1917 convirtió el disenso en traición. Esta vez, sin contemplaciones, el gobierno federal actuó con decisión contra la IWW, procesando a su cúpula dirigente. En Chicago, ciento un miembros fueron juzgados y condenados por toda una serie de supuestas conspiraciones. El propio Estado impuso el orden de los pistoleros parapoliciales en Seattle, que se consideraba un centro germanófilo y pro bolchevique. El Bureau of Investigation en Washington DC despreciaba a los obreros de Seattle, a los que llamaba «la escoria de la tierra», que «no reconocían autoridad alguna, más allá de la porra nocturna de la policía o la violencia física»¹². Hubo redadas policiales, registros en oficinas y arrestos masivos. Emil Herman, secretario estatal del Socialist Party del estado y miembro de la IWW, fue acusado de violar la ley de espionaje y encarcelado en la prisión federal de la isla de McNeil. Hulet Wells, expresidente del SCLC, fue condenado a dos años en prisiones federales por repartir folletos «contra el reclutamiento», junto con Sam Sadler, miembro de los estibadores.

Homenaje al Shilka

En medio de esta atmósfera extraordinariamente tensa, la revolución llegó a Seattle el viernes antes de las navidades de 1917. El carguero ruso *Shilka*, ondeando sus banderas rojas, entró humeante en Elliot Bay. Los socialistas de Seattle, sus *wobblies*, los estibadores, los obreros metalúrgicos, las camareras y los obreros madereros, corrieron a los muelles para dar la bienvenida a los recién llegados. Allí acudieron también los

¹² William Preston, Jr., *Aliens and Dissenters, Federal Suppression of Radicals, 1903-1933*, Cambridge (MA), 1963, p. 165.

soldados de la marina y la policía de la ciudad, temerosos de que el barco pudiera contener oro bolchevique o, incluso, municiones. En realidad, el *Shilka* solo llevaba en su bodega alubias y guisantes y estaba allí para repostar. Pero la llegada de aquel soviet de marineros rusos se produjo en un momento muy especial. Para los trabajadores, supuso un gran añadido al espíritu festivo. Se homenajeó a los marineros. Hubo testimonios, discursos y cantos espontáneos, de «La Marsellesa» a «Bandera roja». Cientos de personas se agolparon en el pabellón de la IWW en la Second Avenue de Seattle, donde saludaron en el escenario, entre estrepitosos aplausos, a un joven marinero, Danil Teraninoff. «Nunca antes había habido en Seattle una demostración de fervor revolucionario comparable al momento en que el compañero ruso subió al escenario», según reportaba el socialista *Seattle Daily Call*.

La visita del *Shilka* selló el idilio extraordinario de la población trabajadora de Seattle con los días de Octubre, su simpatía y solidaridad apasionadas con la Revolución, que no tuvo parangón en el contexto estadounidense. En palabras de Philip S. Foner: «No hubo una organización obrera que defendiera de forma más consecuente a la Revolución Rusa que el Seattle Central Labor Council»¹³. Los delegados de Seattle presionaron infructuosamente en las convenciones nacionales de la AFL en pro del reconocimiento oficial del joven Estado de los trabajadores. Los estibadores interceptaron trenes con cargas etiquetadas como «máquinas de coser», pero que en realidad contenían rifles y municiones destinados a los ejércitos blancos del almirante Kolchak del frente siberiano. La IWW decidió que sus afiliados estaban dispuestos a «morir de hambre, antes que cobrar salarios por cargar buques para una misión criminal»¹⁴. Las autoridades, alarmadas, cuando no histéricas, «descubrieron», entre otras cosas, conspiraciones bolcheviques, extremo que los sindicalistas tenían muy buenas razones prácticas para negar. Hasta épocas recientes los historiadores tendían a dar por buenos estos desmentidos, limitándose a tomarlos en su literalidad; pero al hacerlo, devaluaban los extraordinarios acontecimientos de aquellos días¹⁵.

Más bien al contrario, la Revolución Rusa fue un factor –contradictorio, sí: inspirador para la izquierda y aterrador para las clases altas– que sin duda

¹³ Philip S. Foner, *History of the Labor Movement in the United States*, vol. 8: *Postwar Struggles, 1918-1920*, Nueva York, 1988, p. 55.

¹⁴ *Industrial Worker*, 16 de julio de 1919.

¹⁵ A modo de ejemplo, véase R. Friedheim, *The Seattle General Strike*, cit.

influyó en la huelga general de Seattle. La cultura política de Seattle durante aquellos años estuvo moldeada no solo por su propia historia de tumultuosas relaciones industriales, sino también por las corrientes que recorrían los movimientos de clase obrera a nivel internacional. El *Seattle Union Record* publicó cartas de Lenin, inclusive su «Carta a los obreros estadounidenses»; y el *Industrial Worker* informó sobre una conferencia laborista-socialista celebrada en Leeds, donde Ramsey McDonald, flanqueado por Tom Mann, Sylvia Pankhurst y Bertrand Russell, «saludaba» la Revolución Rusa. El nuevo espíritu del radicalismo laboral se extendió bastante más allá de su hogar natural en la IWW. Incluso allí donde las diferencias con la dirección eran «puras y simples», los conflictos que siguieron fueron enconados y amargos. Ni siquiera la AFL escapó a la tormenta, y vio cómo un número creciente de trabajadores rechazaba su colaboración con la patronal y su insistencia estricta en la santidad de los contratos, en la división jurisdiccional por oficios y en la autoridad de los funcionarios nacionales.

Las celebraciones de 1917 fueron el prelude, por lo tanto, de las grandes huelgas de 1919. Los trabajadores de Seattle vieron en la Revolución de Octubre su propia imagen reflejada, la encarnación de aquello por lo que luchaban en casa. «No hay acontecimiento en el mundo de hoy», escribía Duncan, «que pueda compararse en importancia, desde el punto de vista de los trabajadores de cualquier lugar, con el pilotaje exitoso de la República soviética rusa a través de las traicioneras rocas de la avaricia capitalista internacional y de la determinación de estos saqueadores de arruinar todo aquello que no pueden gobernar»¹⁶. Cuando los dos mil estibadores, que desbordaban el pabellón que los congregaba, celebraron el segundo aniversario de la Revolución el 7 de noviembre de 1919, se lanzaron «grandes vítores» cuando J. T. Doran, de la IWW, se encaminó desde el vestíbulo hasta la tribuna y comenzó a hablar ante un público en pie. Doran, en libertad bajo fianza y recién llegado de la penitenciaría federal de Atlanta, pronunció, según Magden, un vehemente discurso, en el que describió la revolución de los trabajadores en Rusia como «el acontecimiento más formidable desde la caída del feudalismo».

¹⁶ «Russia Did It», escribía un joven Harvey O'Connor en un volante dirigido a los trabajadores de los astilleros en huelga. Años después, reflexionaba: «La Revolución Rusa nos movilizó a todos, desde la extrema izquierda hasta la derecha, como ningún otro acontecimiento lo había hecho. El capitalismo, la explotación, habían terminado. Ya no habría más guerras [...]. Los obreros se hicieron con el control de las fábricas y los campesinos con el de los campos [...]. El movimiento obrero de Seattle los saludó como a sus hermanos y hermanas», H. O'Connor, *Revolution in Seattle*, cit., p. 244.

Ciudad sindical

Al término de la Primera Guerra Mundial, el número de afiliados a las organizaciones sindicales de Seattle se había cuadruplicado desde 1915, para dar lugar, de hecho, a una ciudad sindicada. La huelga general no necesitó de piquetes, ya que no había rompohuelgas. Los prejuicios contra las minorías habían empezado a remitir y la patronal lo tenía más difícil a la hora de aplicar su política de «divide y vencerás». La tarde antes de la huelga, los sindicatos japoneses apelaron al SCLC para unirse al comité de huelga y fueron aceptados. «Incluso en medio de la excitación de la huelga, detengámonos un momento para reconocer la acción de los barberos y de los trabajadores de restaurantes japoneses, que, a través de sus propios sindicatos, han votado para participar en la huelga general», comentaba el *Union Record*. «Los japoneses merecen el máximo reconocimiento, ya que se les ha denegado la admisión y la afiliación en el resto del movimiento obrero, habiéndose unido, sin embargo, a la huelga por iniciativa propia. Esperemos que esta prueba de solidaridad obrera influya en las futuras relaciones entre las dos razas». En aquel mismo año, unos meses más tarde, los trabajadores negros fueron aceptados en el ILA de Seattle como miembros de pleno derecho¹⁷.

La huelga general comenzó con un llamamiento de los trabajadores de los astilleros al SCLC en busca de su apoyo en el conflicto por los salarios tras un periodo de represión salarial en tiempos de guerra. Había 35.000 trabajadores en los astilleros de Seattle, respecto a una población total de cerca de 300.000 habitantes. Esta industria fusionaba, en una potente combinación, a los dos sectores de la clase obrera local, los trabajadores madereros estacionales y los jornaleros agrícolas, por un lado, y los profesionales especializados de la ciudad, por el otro. Seattle había aportado más buques a la Armada que ningún otro puerto y ello a pesar de que su movimiento obrero era marcadamente antibelicista. El llamamiento del Comité de Huelga General fue respondido por 100.000 obreros, muchos de ellos en paro. Durante la mayor parte de la semana, alimentaron a la gente, patrullaron las calles y celebraron el poder de los trabajadores como una realidad vivida, hasta que el peso combinado de las fuerzas que se alinearon contra ellos –la policía y los

¹⁷ *Seattle Union Record*, 5 de febrero de 1919. Con el tiempo se vería que estas conquistas eran difíciles de consolidar. La manifestación más cruel de esta dificultad fue el internamiento de diez mil japoneses en el área de Seattle durante la Segunda Guerra Mundial.

agentes especiales reclutados por el beligerante alcalde de Seattle, Ole Hansson; las tropas federales desplegadas por el secretario de guerra, Newton Baker; los grandes periódicos; los líderes nacionales de la AFL y sus afiliados— rompió la asombrosa resolución de los sindicatos. Al comienzo de las hostilidades, Anna Louise Strong escribió que una huelga en Seattle, por sí misma, no perturbaría en gran medida a las agrupaciones empresariales de la Costa Este. «Sin embargo, el cierre de las industrias de Seattle bajo control capitalista, al tiempo que los trabajadores se organizan para alimentar a la gente, cuidar de los bebés y de los enfermos, y para preservar el orden [...] todo esto los movilizará, ya que ello tiene toda la apariencia de una toma del poder por parte de los trabajadores»¹⁸. Conmocionada por el caso, Everett, Strong había tomado un empleo como subdirectora del *Seattle Union Record*. Afiliada probablemente a la IWW, vivió y trabajó en círculos socialistas, manteniendo asimismo los vínculos con conocidos de su vida anterior, inclusive con emigrados rusos, entre los que se contaba un amigo de Lenin. Cubrió gran parte de la sección internacional del periódico, en especial las cuestiones relacionadas con Rusia, y también escribió con mucha frecuencia sus editoriales, convirtiéndose en la voz de la huelga general.

En un contexto marcado por los levantamientos comunistas de Berlín, Viena y Budapest, las banderas rojas en el río Clyde y el otoño caliente de Turín, la huelga de Seattle fue el pistoletazo de salida de un año extraordinario de rebelión obrera en Estados Unidos, que ya no habría de repetirse con la misma intensidad: la huelga de la policía en Boston, o el activismo en la industria del acero, en la industria textil y en la minería del carbón. El periodo posterior, marcado por el repliegue de la clase trabajadora, comenzó con la destrucción de la IWW, las escisiones y la desaparición del Socialist Party of America, así como la contrarrevolución de los empresarios: en definitiva, el *American Plan* desplegado en la década de 1920, que negaba por principio la consideración de interlocutores a los sindicatos. En la propia ciudad de Seattle, la Emergency Fleet Corporation canceló varios pedidos de buques, arrojando al paro a miles de trabajadores de los astilleros, mientras la Waterfront Employers' Association reintroducía la práctica de contratar a trabajadores no sindicados. Sin embargo, el radicalismo obrero no murió tras 1919. La huelga general y la militancia de la IWW continuaron vivos en el recuerdo de los viejos *wobblies*, así como en las lecturas de los jóvenes socialistas de la década de 1930. Este legado, junto con la corriente subyacente del progresismo escandinavo, puso los

¹⁸ *Seattle Union Record*, 4 de febrero de 1919.

cimientos del movimiento Washington Cooperative Commonwealth, que formó una alianza con los sindicatos del CIO y con los agricultores progresistas para alcanzar el poder en Olympia, y para elegir al comunista Hugh de Lacy para el Congreso. En los círculos gubernamentales, la huelga no se olvidó. En 1936, el director general del Servicio Postal en el gobierno de Franklin D. Roosevelt, David Farley, brindaría con ironía «por los cuarenta y siete estados y por el soviet de Washington», frase que luego se popularizaría en los escritos de Mary McCarthy.

De Boeing a Amazon

Durante la Segunda Guerra Mundial, Seattle fue transformada en la «Jet City», o ciudad de la aeronáutica. Los bombarderos Boeing (los B-17, B-29 y B-47, así como los B-52 del film *Dr. Strangelove*), que sembraron la destrucción desde los cielos de la Europa ocupada y después sobre Corea, fueron construidos en una planta que se extiende a lo largo del río Duwamish y en otra situada en Renton, que empleaban a no menos de 45.000 personas. Cuando los pedidos gubernamentales comenzaron a escasear a mediados de la década de 1950, la compañía invirtió enormes sumas en el desarrollo de aviones de pasajeros a fin de superar lo que los ejecutivos llamaban con nerviosismo «el problema de la paz»¹⁹. El éxito del B-707 y del B-737 hicieron de Seattle una ciudad prácticamente corporativa. Después, el cese repentino del periodo de expansión de posguerra en 1971 se vivió como un choque brutal. Boeing recortó su plantilla de 85.000 a 20.000 trabajadores, y el paro local subió hasta el 14 por 100: la tasa más alta de todo el país. Sin embargo, el *boom* tecnológico posterior, que dura ya treinta años y que comenzó a mediados de la década de 1980 con la expansión de Microsoft en el área de Redmond, situada a 24 kilómetros al noreste de la ciudad, ha borrado la memoria de aquel declive en quienes no lo vivieron. Amazon emplea a día de hoy a 40.000 trabajadores en la ciudad, desplegados en tres docenas de sedes que ocupan más espacio de oficinas que las siguientes cuarenta grandes compañías tomadas en su conjunto. Amazon ha ejercido esta capacidad de influencia para bloquear la introducción de un impuesto municipal sobre el empleo, que pretendía recaudar lo suficiente como para garantizar viviendas asquibles. La empresa se jacta de invertir en su ciudad, pero lo cierto es que algo más del 80 por 100 de los 668 millones de dólares invertidos en la mejora de las infraestructura de su

¹⁹ Sam Howe Verhovek, *Jet Age*, Nueva York, 2010.

campus de South Lake Union proviene de los presupuestos públicos: he aquí la letra pequeña del «evangelio de la abundancia» de los últimos días²⁰. Al pie de las colinas de la Cordillera de las Cascadas, en lo que un día fue el hábitat de los madereros de la IWW, encontramos hoy barrios residenciales vallados. El puerto de Seattle sigue floreciente, pero las viejas cuadrillas de trabajadores sobre las que se construyó la solidaridad de los muelles han sido reemplazadas por operadores de grúa y conductores de camión, mucho menores en número, que aun siguen ocupando posiciones estratégicas en las cadenas globales de mercancías.

¿Queda algo de 1919? ¿Hay herencia alguna? Ha habido otros momentos, si bien escasos hasta la fecha, que contienen destellos de aquellos episodios, al tiempo que ofrecen potencialmente algo nuevo. Ocho décadas después de la huelga general, en la misma ciudad de Seattle, una extraña alianza entre trabajadores manuales, ecologistas y otros activistas altermundialistas (la alianza de «Teamsters and Turtles», del viejo movimiento obrero y de los nuevos movimientos ecologistas y radicales) trastocó la conferencia de la Organización Mundial del Comercio, llegando a desbordar temporalmente a la policía y a desconectar el centro de convenciones del resto de la ciudad, mientras los obreros metalúrgicos marchaban por los muelles. Desafiando los toques de queda, las órdenes de evacuación y la imposición de una «zona libre de protestas» de cincuenta manzanas en el centro de la ciudad (órdenes acompañadas de gases lacrimógenos, balas de goma, granadas aturdidoras y golpes de porra de la policía de Seattle y del condado de King, de la Guardia Nacional del estado de Washington y del ejército de Estados Unidos), los manifestantes forzaron a la OMC a suspender la cumbre en medio de la confusión, y a cancelar el discurso de gala del presidente Clinton²¹. Los trabajadores que en 1919 tomaron el control de su ciudad fueron, como mínimo, igual de valientes y osados. No se arredraron ante el conflicto, ni siquiera ante las medidas más crueles —encarcelamientos masivos, deportaciones y asesinatos— que se tomaron contra ellos. Si su dominio sobre Seattle duró solo cinco días, fueron cinco días que contaron.

²⁰ «Thanks to Amazon, Seattle is now America's biggest company town», *The Seattle Times*, 23 de agosto de 2017.

²¹ Jeffrey St. Clair, «Seattle Diary: It's a Gas, Gas, Gas», *NLR* 1/238, noviembre-diciembre de 1999, pp. 81-96.